

Ofrenda

I

No recuerdo con entera claridad la impresión que me produjo mi primera lectura del *Quijote*. Era yo muchacho, sin la preparación necesaria aun para entender cabalmente, en algunos pasajes, el lenguaje del autor. Con otras lecturas verificadas sin selección ni orden, fué la de *El Ingenioso Hidalgo*, una de las primeras que realicé solo, sin la dirección o asistencia de maestro o profesor.

Lo que sí puedo asegurar es que de tal lectura logré esparcimiento, sano regocijo, que no pudo dejar de cumplirse en mí lo que Cervantes dice de su obra:

«Yo he dado en D. Quijote pasatiempo
al ánimo melancólico y mohino,
en cualquier sazón, en cualquier tiempo.»

No estoy completamente cierto de haber entrevisto—siquiera muy vagamente—su risueña y amable filosofía, de haber comprendido en las figuras de los dos héroes principales la cifra y resumen de la vida humana, los dos polos de la existencia, las dos contrarias tendencias del cora-

zón y del espíritu: ensueño y realidad, sacrificio e interés, caridad y egoísmo, tendencias de cuyo equilibrio, así en los hombres como en los pueblos, resulta la vida armónica, bien sentida y bien cimentada, fecunda en acción y contemplación, con visión perfecta de su valor y destino.

Tal vez acerté, aunque nebulosamente, a ver el más admirable contraste que nos puede presentar una obra literaria, en los dos héroes—que salvo ligeros descuidos, en pasajeras ocasiones—conservan en todo el libro maravillosa unidad de carácter; la que consigue y determina la continuada situación cómica y aun diré mejor, dramática, que provoca con frecuencia la risa franca, la carcajada sonante y saludable, y no pocas veces la reflexión grave y profunda y el análisis doloroso.

Lecturas posteriores, con preparación mejor, con más experiencia y con conocimiento de muchos más libros para la comparación, hicieron brotar en mi alma la admiración sin límites, el canto interno, mudo, pero fervoroso, del entusiasmo ardiente y del amor vivo para el libro inimitable y para el escritor inmortal.

Y fui uno de los devotos del Gran Ingenio; y puedo afirmar que desde entonces no he dejado transcurrir muchos días sin realizar la lectura parcial del libro estupendo, y aun la lectura íntegra, cada vez que ha llegado a mis manos una edición que me haya presentado una interpretación nueva, un comentario atrayente, algunas notas interesantes, originales y sugestivas.

He vivido el *Quijote* como puede vivirse: aplicando a los casos o circunstancias de la vida

las situaciones y las frases del gran libro; lo mismo en burlas que en veras, tanto en las ocasiones de expansión y risa, como en los momentos graves y solemnes y aun en las horas profundamente tristes y angustiosas.

He vivido el *Quijote*, principalmente en la época en que a diario me comunicaba—en la Inspección de Enseñanza—con aquel cultísimo amigo—inolvidable para mí, ya arrebatado por la muerte: Buenaventura Corrales.

Devoto, aun más que yo, de Cervantes, siempre tenía en los labios alguna frase de la admirable novela para acomodar a la situación del momento; ya con motivo de la dueña menesterosa que solicitaba un puesto en nuestras escuelas, ya del maestro desterrado por la necesidad en las honduras y quebradas de los *Bajos de Tarrazú*, de *El Rosario* o de *Barbacoas*, bien del maestro novel, por lo general incipiente e insipiente, bien del engreído y fatuo, bien del holgazán, amigo del descanso y de la pitanza; ora del agudo y maleante, ora del altivo y agrio de genio, pronto siempre a quebrar lanzas con el Inspector, por una observación metodológica o por cualquier reparo en punto de disciplina; igualmente, a propósito de informes, resúmenes de estadística, listas de servicio, cuadros de maestros, expendientes, y mil trabajos más de aquella oficina, repleta siempre de papeles, y visitada todos los días por maestros, aspirantes, juntas de educación, tesoreros escolares y otros más, directa o indirectamente interesados en nuestra enseñanza. Pero, sobre todo, teníamos en la boca las frases

del Manco Insigne, a propósito de nuestras dos personas: alegrías y tristezas, pobrezas y opulencias relativas, satisfacciones y desencantos, viajes, fatigas, visitas, exámenes... todo lo rimábamos con textos de nuestro libro favorito.

Nunca ví un cervantófilo tan convencido y fervoroso como mi excelente amigo. Puedo decir que a su lado coroné y terminé el templo de mi culto para el maravilloso escritor.

II

Redactaba Corrales un informe de la Inspección General de Enseñanza, informe que luego metió algún ruido y fué largamente comentado por una persona ilustre de nuestras letras, anciano lleno de mérito que aun hoy mueve la pluma con el entusiasmo de la juventud y con la frescura y lozanía de mejores años.

Trabajábamos, hacía ya varias horas, en una misma pieza, y Corrales me hostigaba para que me diera prisa en terminar un capítulo importante de aquel documento; pero ya tenía yo más deseo de palique que de calentarme el cerebro con observaciones pedagógicas.

—Bueno, contestó a mis tentativas de palique; ahora, silencio; trabaje Ud. y permítame trabajar... o se va a otra parte y me deja tranquilo.

Con lo que guardé silencio y me puse a borrar cuartillas, pero al cuarto de hora levanté la cabeza y miré a mi amigo que estaba en plena producción, moviendo rápidamente la pluma. Entonces le dije:

¿Quiere Vuesa Merced darme licencia que departa con él? que después que me puso aquel áspero mandamiento del silencio se me han podrido más de cuatro cosas en el estómago y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua, no querria que se me malograra.

Probablemente mi compañero sentía también necesidad de descanso intelectual y de expansión, pues dejando el trabajo enojoso, departimos amigable y regocijadamente, durante buen rato, lo que fué tónico provechoso para nuestros cerebros, de modo que una hora después concluíamos nuestra tarea, *no sé si con bien cortada o mal tajada péñola.*

Dió Corrales un *no* rotundo como contestación a un individuo que solicitaba una plaza en el magisterio. La negativa era muy fundada en razones de capacidad y moralidad; pero el individuo se creció en soberbia y en ira, y escribió a mi amigo una carta furibunda, en que le hartaba de denuestos y le negaba ilustración y carácter para ejercer el cargo que estaba desempeñando.

Corrales me llamó—risueño y digno—para mostrarme la carta cuya ortografía denunciaba la ignorancia del autor y cuyo lenguaje patentizaba su natural grosero y villano.

Le pregunté, cuando la hube leído, cuál sería su contestación. Entonces se levantó con la carta y un lápiz en la mano; y se dirigió a un estante en que tenía algunas de sus obras más apreciadas. Volvió pocos momentos después y me entregó la carta. Al pie decía: *Quijote, página... línea... edición...*

Corrí a enterarme del pasaje correspondiente. Era éste: *Vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy más lleno que jamás lo estuve...* y lo que sigue, que pudo decir Cervantes y no puedo yo repetir.

De darle contestación a ese señor, me dijo mi amigo, ésa sería; lo habría de remitir a tales líneas del *Quijote*.

En cambio, cuando le hice conocer el primoroso libro de poesías de Francisco A. de Icaza, titulado *Efímeras*, después de leído, me lo devolvió con este juicio:

Bendito sea Dios, que entre los infinitos poetas consumidos que hay, he visto un consumado poeta.

Un jovial amigo nuestro que había servido muchos años en el magisterio, escribió un libro sobre un ramo importante, con el fin de que sirviera como texto en las escuelas oficiales.

La obra era apreciable como recopilación de conocimientos, teorías, prácticas, instrucciones y reglas de autores diversos a quienes aquél había copiado servilmente.

De original no tenía nada, ni el título que el autor había tomado de otra obra sobre la misma materia.

El juicio que Corrales estampó en el ejemplar que llegó a sus manos fué éste: *¡Ah ladrón de Ginesillo!*

Llamábamos Cardenio a un buen amigo que se retiró a San Andrés de Tarrazú para ganarse el pan como maestro. Celebrábamos siempre su llegada y recordábamos con tal ocasión, algún pasaje de la estada de don Quijote en Sierra Morena.

Cardenio, afiliado al partido republicano que era el de oposición, y contrario tenaz del Jefe de Estado de aquel entonces, no pudo abstenerse de manifestar en San Andrés y en pueblos vecinos sus ideas políticas, tan adversas al gobernante, y aun creo que de predicar claramente la revuelta.

No faltó quien pusiera esta hostilidad y designios de alboroto en conocimiento de personas allegadas al Presidente de la República, y como consecuencia, nuestro amigo tuvo que comparecer ante el Comandante de Plaza, fué detenido y padeció unos cuantos días de reclusión forzosa.

Cuando recobró su libertad, fué a vernos y a encarecernos sus padecimientos. ¡Un mártir más de la causa republicana!

Corrales trató de justificar la conducta del gobierno y de hacer comprender a Cardenio la magnitud de sus ofensas contra la autoridad constituida. ¡Aquí fué ello! Cardenio, que aún respiraba por la herida, se exaltó y comenzó a vituperar en términos candentes al gobierno, y tronó contra los malandrines, serviles y paniaguados que pretendían defender las arbitrariedades de aquella administración execrable, vitanda, ahogadora de conciencias y apabulladora de energías patrióticas.

Y como claramente desencadenaba su furor contra Corrales, hubo éste de callar discretamente para no exasperarlo más.

Al cabo se marchó Cardenio, poco menos que bufando de rabia y despecho.

—Yo esperaba, me dijo al salir, que hallaría en D. Buenaventura, palabras de afecto y de aliento para mí y de indignación contra este gobierno.

—*Muchos piensan*—le contesté—*que hay tocinos donde no hay estacas.*

—Así es, me respondió, y salió para no volver a nuestra oficina durante largo tiempo.

Meses después, comentando esa larga ausencia, se dolía Corrales del enojo de nuestro amigo, a quien verdaderamente estimaba y quería, y reconoció que había tomado con exceso de calor la defensa del gobernante y de su política.

Entonces le dije: ¿Y para qué tomó Ud. con tanto calor la defensa del gobernante y de su política? ¿*Qué le iba a Vuesa Merced en volver tanto por aquella reina Majimasa, o como se llama?*

—Razón tiene Ud., me contestó, que nuestra política es una verdadera Madasima, por la cual se apasiona uno, y combate, y es capaz de reñir con su mejor amigo, sin que, en resumidas cuentas, valga la pena de salir por la buena fama de dicha señora.

Dos individuos, A. y H., maestros en pueblos cercanos a esta capital y próximos uno a otro, acostumbraban darse bombos mutuos, principalmente cuando llegaba el último día de exámenes, el acto público, como se solía llamar la fiesta final que cerraba el año lectivo en cada escuela. Entonces mis dos hombres hacían derroche de elocuencia: en la escuela de A., pronunciaba H., caliente y sonante apología de su amigo, y vice-versa. Por donde ambos resultaban dos genios pedagógicos, singulares mentores de la juventud que se levantaba llena de promesas para la patria. ¡No podía ser menos!

Eran, en realidad, medianías engreídas, tipos de la semicultura pedagógica; no estudiaban no pro-

gresaban; la misma tarea realizaban cuando los conocí que años antes y años después.

Al finalizar un año, por invitación de los dos maestros, asistió a las escuelas que dirigían, cierto personaje algo cerrado de mollera, de ilustración escasa, pero de gran prestigio político a la sazón.

Después de escuchar a A. en la escuela de H. y a éste en la escuela de aquél, quedó el personaje muy complacido de los dos maestros, y por su influencia se trató de acordarles una mejora en los cargos y en los sueldos.

Cuando tal cosa llegó a nuestro conocimiento exclamamos:

*No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde.*

Se presentó una vez—ya de mediado el año escolar, un extranjero, bien trajeado, verboso y charlatan; pintó su situación lamentable, tristísima, por culpa de la fatalidad que lo perseguía.

No sé quien lo recomendó o qué pecho se ablandó al escuchar sus desgracias; es lo cierto que a los pocos días ocupaba una plaza de maestro en una escuela no lejos de esta ciudad. Tocóle ser vir una sección de primer grado, y el hombre no sabía cómo componérselas para enseñar a leer a los chicos con el Silabario costarricense.

Llegados los exámenes estuvo el extranjero afluyente y decidor como nunca; pero ni uno de los muchachos sabía leer, ni contar, ni nada de las materias del grado; mas el maestro, fiado en su palabrería, muy orondo y campante, nos preguntó rato después, qué nos había parecido su clase.

—Echo de menos, contestó uno de la comisión examinadora, un poquito, siquiera, de Pedagogía.

—¡Cómo! se apresuró a contestar el maestro. ¡Qué cosas tiene Ud! Me cuesta tanto enseñar a leer a los chicos ¿y quiere Ud. que les enseñe la Pedagogía?

—¡Hablara yo para mañana! repliqué yo. Y quedó siempre el extranjero muy fresco y satisfecho.

Tan satisfecho y fresco, que solicitó días después un puesto mejor en la enseñanza. Con este motivo pidió Corrales informe acerca del novel pedagogo.

Le pinté entonces el cuadro de desorden de aquella clase: los niños hablaban en voz alta y aun a gritos, cuanto querían, reñían y se tiraban de los pelos dentro del aula, se arrojaban los ajados, rotos y sucios silabarios a lá cabeza, se levantaban y salían sin solicitar permiso... ¡el campo de Agramante!

—Por todo lo cual— terminé yo— puede Vuesa Merced concederle la plaza que solicita y darle además *trescientos o seiscientos ducados para ayudar a la dote de su hijo, el bachiller.*

La contestación no se hizo esperar:

—*Pintor del mismo demonio, ¿y a estas horas te vienes a pedirme seiscientos ducados? ¿Y qué me da a mí de Miguel Turra, ni de todo el linaje de los Perlerines?*

Se levantó una información para esclarecer ciertos hechos inmorales, imputados a un maestro inteligente, muy discreto, que fué muy hábil en su defensa; pero por desgracia, de conducta nada edificante y de conciencia poco escrupulosa.

De la información resultaba, no sólo la prueba

de los hechos denunciados, sino también la evidencia de otros igualmente vituperables que no habían sido acusados.

Pregunté a mi amigo—que había leído con mucha atención el expediente—qué opinión tenía acerca de aquel grave y delicado caso.

He aquí su respuesta: *¡Ah señor, y cómo hay más mal en el aldehueta que se suena!*

Muchísimas otras expresiones del *Quijote* podría citar, acomodadas por mi inolvidable amigo, a los detalles y circunstancias de nuestra vida de trabajo. Beneficiábamos con amor y regocijo aquella mina inagotable de pensamientos, de rasgos llenos de ingenio; aquel arsenal de observaciones felices, de respuestas altivas y rotundas o corteses y generosas; aquel venero de riqueza del corazón y del entendimiento; aquel inexhausto raudal de gracia, de imágenes, de poesía, de sátira risueña y bondadosa.

¡Qué de veces vino a nuestros labios: *¡No le mana, canalla;* o *Ni aun fuera bien que lo entendiérades vos.* Cuántas: *¿Leoncitos a mí?* *¿A mí leoncitos?* Qué a menudo: *Dichosa edad y siglos dichosos*, expresión repetida melancólicamente por Alarcón: «*Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que había moros y cristianos*». En cuantas ocasiones hubimos de emplear el admirable consejo de maese Pedro:

—*No te encumbres, muchacho, que toda afectación es mala.*

III

Ha poco, en tristes horas de luto, inundada el alma de recuerdos sombríos, y estrujado el corazón por inmensa desventura, vino a mi mente la conmo-

vedora frase de D. Quijote en su lecho de muerte: *Ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño.*

No era esta la primera vez que acudía a mi memoria la dolorida expresión del hidalgo sublime, pues ella se grabó en mi pensamiento desde que pude comprender toda su grandeza, su infinita amargura, en los momentos en que aquel modelo de voluntades y de energías, dejaba de ser don Quijote para volver a ser Alonso Quijano el Bueno.

¡No hay pájaros hogaño en los nidos de antaño!... Siempre me ha parecido más triste y angustiada escuchar esta melancólica frase de los labios de D. Quijote, que verlo tendido en el suelo, derribado y acorneado por los toros o pisoteado por los cerdos.

Verdad es que cuando los inmundos animales huellan a nuestro caballero, prenden en nosotros la ira y la indignación y hasta quisiéramos reprochar a Cervantes este extremo de humillación y desgracia en que hace caer al héroe; pero el héroe subsiste; puede levantarse de su miseria; podemos esperar que de nuevo surja osado y altivo, que acometa nuevas empresas y se conserve firme en sus ideales altísimos y en sus propósitos magnánimos.

Mas ya pronunciadas aquellas palabras, vemos anonadado al héroe, al soñador, al paladín de todas las causas nobles y amables, al esforzado campeón de cien batallas, grandiosas en su mente, y de finalidad siempre generosa. Vuelto a la realidad prosaica, se borra su destino luminoso, se acaba para siempre su ejercicio superhumano.

He visto en esa frase de cordura, todo el desen

canto de que es capaz el alma humana; al extinguirse con ella D. Quijote y reaparecer Alonso Quijano el Bueno, irremediablemente se siente angustiado el corazón y se humedecen los ojos. Desde ella asistimos al entierro del luchador, del lidiador admirable, que jamás sintió ni el miedo ni el desfallecimiento, cuyas desventuras han pesado sobre nuestras almas y cuyos propósitos hemos aplaudido y santificado. Alonso Quijano, que vive unos momentos más, y aun pudo vivir años más, es un mortal cualquiera; es, con toda su bondad, uno de tantos de la grey humana, simple unidad de la gran masa común.

Enterramos desde entonces al que fué norma y dechado, tipo perfecto del caballero, como hermosamente lo hace resplandecer Turgueneff en su bellissimo estudio: *Hamlet y Don Quijote*.

Y al enterrarlo, lo lloramos como uno de los nuestros, de los que nos han enseñado a sentir, de los que han traído una vibración nueva y delicada a nuestras almas.

Al recordar tal frase: *No hay pájaros hogaño en los nidos de antaño*, viene a mi pensamiento, por inevitable asociación, una de las poesías que más me han conmovido, que leí y traduje ha mucho tiempo: *El canto de la cigarra, últimos versos de un filósofo*, de Guyau:

«Cuando tu acento vibrador levantas,
Del alma en primavera imagen eres.
Cigarra, en todo corazón tú cantas,
Y en todo corazón, cigarra, mueres.»

Y dirijo el mismo apóstrofe a Don Quijote:

Hidalgo, en todo corazón tú alientas,
Y en todo corazón, hidalgo, mueres.

Y pienso: desdichados los que no han sentido a Don Quijote alentar en su corazón, y mover su ánimo... y aun su brazo.

En mi desventura recordé también la delicada composición de Longfellow, *No siempre es mayo*, en que el poeta escribe como lema: *No hay pájaros en los nidos de antaño*, y me propuse traducirla; y en este trabajo encontré algún lenitivo a mi pesar, algún olvido de mi pena; algo se amortiguó el dolor del reciente golpe; se disiparon un tanto mis sombras de tristeza.

N. QUESADA